Año: III, Agosto 1962 No. 43

¿El socialismo es espiritualista o es materialista?

Por Francis E. Mahaffy

Una extraña ironía de las muchas que adolece la presente generación es el hecho de que algunos que se dicen católicos o cristianos han prestado su apoyo moral al ensanchamiento del socialismo. Ciertamente esto no quiere decir que la mayor parte de los cristianos sean socialistas, pero sí que muchos cristianos han apoyado directamente el socialismo o ciertas medidas intervencionistas que paulatinamente conducen al socialismo.

Un hecho que debe impresionar a quien lee las obras de muchos modernos teólogos y sacerdotes es la casi total falta de interés(1) o de conocimiento de algunos de los principios básicos de la economía. Efectivamente, uno tiene la impresión de que consideran la economía como una ciencia puramente material y cuyos hallazgos son sospechosos desde un principio. No se interesan en las cosas materiales sino en las espirituales. Cierto escritor inglés al disertar sobre intervencionismo estatal en la economía, deja en manos de los economistas el problema de su practicabilidad financiera y económica(2). Su interés consiste solamente en una actitud cristiana hacia esta moderna ocupación del Estado, y concluye diciendo que el intervencionismo está de acuerdo con los principios cristianos. Parece que nunca cupo en su mente el hecho de que si dicho intervencionismo no puede proporcionar ese bienestar que debe dispensar a todos los ciudadanos, los cristianos deben consiguientemente oponerse a él como una mera quimera que daña a la postre. Mas no se le ocurre pensar que, ante todo la practicabilidad económica del proyecto es de primerísima importancia.

Uno no puede menos que quedarse pasmado al contemplar la completa falta de conocimiento o preocupación por los hechos económicos básicos al leer los escritos de la mayor parte de los más sobresalientes teólogos de actualidad. Su actitud hace suponer que crean que la economía, como versa sólo sobre los asuntos materiales, no puede ser materia de incumbencia de una organización espiritual como es la Iglesia. Así, pues, estos hombres de reputación internacional continúan escribiendo y ejerciendo una poderosa influencia en la cristiandad en el campo de las relaciones sociales del hombre, ignorando por supuesto la ciencia económica que trata específicamente de los importantes aspectos de tal relación.

De una manera semejante, la mera mención de la palabra capitalista o capitalismo provoca inmediatamente una respuesta adversa y emotiva si no una franca hostilidad en las mentes de todos. Emil Brunner, considerado como uno de los más acérrimos opositores del comunismo, equipara al capitalismo con un individualismo sin restricciones ilimitado que destruye la justicia del hombre común. Paul Tillich, al hablar de la guerra de clases como la condición secreta de toda sociedad capitalista(3), afirma que «la libre economía tiende necesariamente hacia el infinito imperialismo comercial»(4). Reinhold Niebuhr, especialmente en sus primeros años, consideró el capitalismo como incompatible con las necesidades de una civilización técnica y como un sistema que causó una superproducción, provocó crisis de desempleo y un rompimiento en el sistema de distribución. Karl Barth se ha distinguido siempre como uno de los más ardientes guerreros contra lo que él denomina «el capitalismo burgués».

Para muchos la palabra capitalismo suscita los conceptos de: «explotador», «individualista rígido», «general en jefe», «magnate de los negocios», «monopolio», todos ellos connotando un perverso significado en sus mentes.

Al individualismo se le considera exactamente como lo opuesto de los intereses sociales y de la hermandad, y sobre todo como enemigo del concepto cristiano del amor. Las ganancias se parangonan formando un contraste con los servicios; la expresión «un gran negocio» equivale meramente a explotación e injusticia. El capitalismo está confinado a atesorar más dinero mientras la preocupación del hombre consiste en un reino espiritual superior.

Así, al mismo tiempo que se desecha al socialismo totalitario como un sistema hostil a la ética cristiana, de una manera casi tan categórica se rechaza al capitalismo como si sólo fuera un raso materialismo. La actitud apologética de muchos empresarios con respecto a las ganancias corrobora totalmente este punto de vista.

Un problema erróneo causa una respuesta equivocada

Muchos cristianos juzgan al capitalismo, fruto de una sana economía, como una de las causas principales que han contribuido a materializar el espíritu de nuestros días.

Al mejorar las condiciones de vida y al crecer la inquietante búsqueda de mayores comodidades materiales, se ha producido un quebrantamiento de las buenas costumbres en el hogar, un cambio desfavorable de la actitud del hombre hacia la Iglesia y hacia el Estado. La codicia, la deshonestidad, la avaricia, la delincuencia, juvenil, en número siempre creciente de divorcios, la embriaguez siempre mayor, los crímenes, en una palabra, todos los males, se achacan abiertamente, por lo menos en las mentes de muchos, al materialismo que se supone inherente al capitalismo. Coincidiendo con el aumento de las comodidades materiales que el capitalismo ha producido, se ha producido también un descenso en la adhesión y práctica de las normas morales. En esta forma se ha llegado a establecer una falsa relación de causa a efecto.

Si fueran consecuentes con este pensamiento, los cristianos que llegan a esta conclusión deberían abogar por una baja o disminución en las condiciones de vida y considerar la pobreza como remedio para este mal. Sin embargo, muy pocos están dispuestos a llegar a esta categórica conclusión, y buscan la solución entre las líneas marxistas. Se muestran hostiles al ateísmo de Marx y a lo que ellos consideran que es su materialismo. A pesar de esto, creen que la intervención del gobierno al igualar la distribución de la riqueza, ayudaría eficazmente a eliminar el egoísmo, la avaricia, y el materialismo. A su modo de ver, la religión cristiana exige un amor desinteresado y la obligación de ser el guardián de nuestro hermano. Según su sentir, todo esto lo puede cumplir mucho mejor el «Estado Providencia»(5). El resultado es que multitud de hombres sinceros profundamente preocupados por la vida espiritual de la Iglesia, siguen a ciertos conspicuos líderes promoviendo abiertamente o por lo menos no se oponen ya a la socialización progresiva de nuestra sociedad.

La mayor parte de ellos, sin lugar a duda, obran así movidos por la sincera convicción de que en esta forma anteponen lo espiritual a lo material. Pocos son, y por supuesto anticristianos, los que combatirían el deseo de mejorar el bienestar general de todos o el interés que se muestra por llevar la moralidad general, por engrandecer el respeto hacia la autoridad de los padres y de la Ley. El materialismo, cuando se le define como una doctrina que antepone el amor de los bienes materiales al amor de Dios, es por antonomasia contrario a la virtud cristiana.

Podemos desde luego aprobar la sinceridad de tales personas y los nobles fines que persiguen. Sin embargo, haciendo a un lado tal sinceridad, si el sistema que proponen no es capaz de realizar sus muy nobles fines tenemos la obligación de oponernos a sus principios en este terreno. Fácilmente se puede demostrar que el hecho de llevar a cabo tales principios implica un desafío directo a la ley moral revelada por Dios.

La riqueza como un medio

En primer lugar, estas consideraciones encierran una falsa antítesis entre lo material y lo espiritual. Para el cristiano los bienes materiales de esta vida deben ser vistos como dones de Dios y empleados tan sólo para Su gloria. El pecado no está adherido a la materia sino más bien radica en los pensamientos y acciones de los hombres y tiene su fuente en el corazón. Dios nos ha colocado en el mundo que creó dándonos entendimiento y fuerza para utilizar los recursos de la naturaleza para nuestro bien y para Su gloria. Nos dice la Biblia: «Cualquier cosa que hagáis hacedla para la gloria de Dios» (1a los Corintios 10:31). Ciertamente esto comprende el uso de los bienes materiales obedeciendo a los mandamientos específicos de Dios. También comprende el empleo de tales bienes para el servicio del reino de Dios y de nuestro Señor Jesucristo. Asimismo, este uso de las cosas que Dios creó debe estar impregnado de una atmósfera de devoción y veneración hacia Dios. Cuando el secularismo o el materialismo se define como el acto que convierte las cosas en sus ídolos, honrándolas, amándolas y sirviéndolas en lugar de Dios en vez de usarlas para la gloria de Dios, el cristiano bien hará al tratar de impedir que tales doctrinas invadan la Iglesia. Pero para el cristianismo no hay mal inherente en las cosas ni es pecaminosa la posesión de los bienes materiales. El pecado del materialismo consiste más bien en el hecho de hacer de los bienes un ídolo que es venerado y servido en lugar de Dios.

El papel de la economía política

La manera de pensar de estas gentes se caracteriza por una falta de comprensión de la economía. Esta falta es muy grave y necesariamente las envuelve en serias contradicciones y la coloca en oposición a los verdaderos principios del cristianismo a los cuales se adhieren. Es un craso mal entendimiento del estudio de la economía lo que la clasifica como una ciencia secular que trata del reino material que no es de la incumbencia de los miembros de la Iglesia. La economía no versa sobre los últimos fines del hombre ni sobre sus más altos ideales religiosos y morales, pero sí versa sobre los medios que el hombre escoge para alcanzar sus fines y se esfuerza en demostrar si tales medios son aptos o no para lograr los fines apetecidos(6).

Ciertamente la mayor parte de nosotros estamos acordes en pensar que una reducción de la mortalidad infantil, una duración más larga de nuestra vida, un mejoramiento progresivo de nuestras condiciones de vida, la eliminación de la pobreza y de la miseria todos ellos fines compatibles con los ideales cristianos y se relacionan con la mayor gloria de Dios y nuestro propio bien como criaturas de Dios. El problema que la economía plantea consiste en saber si las empresas libres y una intervención gubernamental limitada sólo a la restricción del mal, o en cambio, si la intervención estatal en la economía, el control gubernamental sobre los medios de producción son los medios adecuados para alcanzar estos fines.

La ciencia de la economía ha demostrado claramente que el socialismo es un sistema incapaz de realizar los fines que reclama como propios. Mientras más consistentemente se le aplica, más pobre resulta la masa de los hombres.

El socialismo total mundial debe necesariamente conducir al caos porque sin la economía del mercado los cálculos económicos serían imposibles.(7) Se ha demostrado que el socialismo conduce paulatinamente a la pérdida de la libertad y a la esclavitud(8).

El cristiano que ignora la ciencia económica debería oponerse al socialismo y a la intervención estatal en la economía, excepto para la restricción del mal, puesto que tal intervención necesariamente implica un desafío a la ley moral. Ejercer coerción para un fin que no sea la restricción del mal es contra la ley de Dios. Implica una redistribución de las riquezas, lo que equivale a un robo. Esta intervención se basa en la tendencia pecaminosa del hombre a codiciar lo que no es suyo en oposición al mandamiento «No codiciarás las cosas ajenas». Así pues, no sólo en el terreno moral, el socialismo y el intervencionismo deben ser rechazados. En este mundo racional creado por Dios, los medios erróneos acaban siempre por malograr los finos apetecidos. Así, aún aquellos que rechazan la finalidad de la ley moral (para su propio mal) deberían rechazar el socialismo y el intervencionismo, puesto que se ha demostrado que son inadecuados para alcanzar los fines que pretenden.

La defensa del capitalismo

Los cristianos frecuentemente se oponen al capitalismo porque ignoran por completo qué cosa es el capitalismo. El capitalismo sencillamente enseña que el hombre debe ser libre excepto para hacer el mal. Según el mismo, la tarea del gobierno es la misma que la de la policía: contener el mal. Se ha presentado indebidamente al capitalismo como un sistema que goza de una libertad irresponsable, como un sistema duro o inflexible sin preocupación alguna por el bienestar de la humanidad. ¡Todo lo contrarío! Es el sistema económico que por sí solo puede beneficiar de la mejor manera a toda la humanidad. Precisamente cuando se restringe indebidamente la libertad y por otra parte no se coarta el mal en su debida forma, es entonces cuando las puertas que conducen a la pobreza y al sufrimiento de todos los hombres se abren de par en par.

El capitalismo permite la libertad de ideas que son un producto necesario de la mente del individuo, por medio de ellas tanto el progreso como el bienestar del hombre alcanzan su más alto grado. El capitalismo aboga por la restricción del mal que es el peor enemigo de la felicidad y bienestar de todos los individuos. Es el sistema que está de acuerdo con los

ideales e ideas cristianas; es el sistema que ofrece la más grande igualdad de riquezas al mismo tiempo sea compatibles con la moral y el progreso cristianos. Sabe reconocer la verdad de la ley de Ricardo sobre la asociación que demuestra que la cooperación pacífica no coactiva ofrece los más grandes beneficios tanto al débil como al fuerte, más aún, favorece más al débil que al fuerte. El uso deficiente de nuestras diversas habilidades aplicadas en los diversos trabajos de la producción capitalista, constituye ese factor que utiliza la cooperación a su más grande capacidad para producir en masa en beneficio de las masas, logrando así precios más bajos para los que se ha denominado el hombre común.
El capitalismo es el único sistema que permite la libertad de pensamiento, de crítica y religión. Bajo ningún otro sistema la Iglesia Cristiana goza de libertad para propagar sus ideas. Únicamente bajo el capitalismo puede enseñarse libremente el mensaje cristiano sobre la soberanía y el amor de Dios, de la salvación por la gracia de Dios por la fe en nuestro Señor Jesucristo, y de la necesidad del amor de Dios y de la obediencia a su ley como medio para alcanzar la mayor felicidad en esta vida y en la otra. Qué ironía más funesta la que ha permitido que algunos miembros de la Iglesia apoyen un sistema enemigo de sus propios intereses.

El materialismo de Marx no es el materialismo en el sentido en que se toman con frecuencia. Antes bien, es una doctrina completamente insostenible que consiste en suponer que las fuerzas materiales productivas son las que determinan la estructura de la sociedad, de la religión y de otros aspectos de la vida del hombre. Al marxismo, despojado de su ateísmo, se le llega a considerar como compatible con los ideales cristianos. Esto demuestra que existe una completa inadvertencia sobre el hecho de que, como se ha demostrado, el sistema socialista es totalmente inadecuado para alcanzar sus propios fines y el bienestar del proletariado, y se aleja enormemente de la moral cristiana y que en un sistema que postula como uno de sus preceptos la casi total pérdida de la libertad y una rígida dictadura. Solamente la ignorancia sobre el cristianismo y sobre Marx han podido llevar a ciertos cristianos al grave error de elogiar el sistema socialista como ideal.

El culto del estado

Los cristianos debemos lamentarnos del desorden cada vez mayor, de la falta de respeto que existe en nuestra presente generación hacia el Estado, los padres de familia y la ley, H. M. Carson nos dice: «Un extraño resultado de la creciente preocupación del Estado por el bienestar de sus miembros ha sido una creciente falta de respeto para con el estado»(9).

Muchos cristianos han vuelto sus rostros hacia el Estado para asegurar su bienestar y felicidad. Quieren que el poderoso Estado subsidie a los obreros menos prósperos, que pague sus cuentas del médico, que los mantenga en su vejez, que proteja las industrias inestables, que eduque a sus hijos, en una palabra, que vigile por su bienestar desde la cuna a la tumba. A la ley le han modificado su fin original que consiste en restringir el mal y lo han convertido en medio de redistribuir los ingresos para satisfacer a grupos especiales de votantes.

Pronto podemos ver con claridad que el Estado no puede darle a uno sin quitarle a otro, en tal forma que unos y otros pierden el respeto por la ley la cual en vez de contener el mal lo perpetra.

Esta falta de respeto para con el Estado, el cual no puede reemplazar la seguridad de la iniciativa privada y del ahorro, es el fruto natural de los principios del intervencionismo estatal en la economía. Aquella ley que pervierte la justicia en lugar de mantenerla, lo que constituye su obligación, pronto no sentirá respeto iniciativa por sus víctimas ni por sus beneficiarios. Tal falta de respeto por la ley penetrará en los hogares, llegará hasta los hijos cuyos padres han perdido el respeto por las leyes del Estado, y de una manera semejante hará que se pierda el respeto a la autoridad de los padres, autoridad que ha sido instituida por Dios.
Ese sistema que desafía la ley de Dios en su vano intento de igualar la riqueza tiene que engendrar un espíritu de desobediencia y de materialismo. Cuando la ley favorece a un grupo a expensas del otro, es obvio que uno se coloque en el lugar donde se dispensa la beneficencia del gobierno. Esto y no el capitalismo, es lo que engendra el espíritu del materialismo y de la desobediencia.

Menos intervención. nada más

La solución de los problemas de la sociedad no radica en la creciente intervención estatal sino más bien en el regreso a los principios del capitalismo y del cristianismo. Radica en el acatamiento de la ley moral por los individuos y por el Estado; radica en el gobierno, no como privilegio especial, sino por el imperio de la ley; esta solución obliga al gobierno a hacer justicia a todos por igual y no conceden privilegios especiales a ninguno. Es preciso que sea una ley que no otorgue privilegio especial al trabajo o a los negocios, una ley que trate al rico igual que al pobre, al negro igual que al blanco, al cristiano igual que al no cristiano; una ley que imparta justicia firme y equitativamente.

Cuando los hombres son libres para expresar y practicar sus ideas sin restricción alguna, salvo el caso cuando interfieren en los mismos derechos de otros, y cuando el gobierno está confinado a la sola restricción del mal, entonces podemos esperar que la cambie de rumbo, la tendencia hacia el socialismo, la guerra y la pobreza.

Cuando todos los cristianos aprendan que la ley de Dios exige la libertad para todo menos para hacer el mal a otros, y cuando vean que los ideales cristianos así como la felicidad de todos son mejor satisfechos por los principios del capitalismo debidamente interpretado, nacerá un respeto mayor para el mensaje de la Iglesia cuando nos habla de la salvación y de la vida eterna.

---

(1) N. del T. Esta se escribió antes de la reciente encíclica Mater et Magistra (1961).
(2) Carson H. M. The Christian and the State, London Tyndale Press.
(3) N. del T. Afirmación marxista
(4) Paul Tillich, «The Religious Situation». Nueva York, Meridian Press Inc. m. d. P. 72.
(5) Equivale al «Welfare State»
(6) véase Ludwig Von Mises en su obra «La Acción Humana». New Haven Yale University Press 1949.
(7) Ibid. cap. 26.
(8) Véase Road to Serfdom de Friederich Hayek. Chicago, University of Chicago Press, 1944. Traducción «Camino de Servidumbre». Puede obtenerse en el CEES.
(9) Carson, H. M. op. cit. p. 32.